

EL ÁRBITRO

UNA PREPOTENTE
EXISTENCIA MORAL



EDICIONES DEL FUTBOLISTA

GUSTAVO MARCOVIVH

EL ÁRBITRO

UNA PREPOTENTE
EXISTENCIA MORAL

PRÓLOGO

FEDERICO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

*F*ICTICIA

MÉXICO

2010

EL ÁRBITRO. UNA PREPOTENTE EXISTENCIA MORAL

D.R. © Gustavo Marcovich

D.R. © Ficticia, S. de R.L. de C.V.

México, 2010

Editor: Marcial Fernández

Director de la colección: Diego García del Gállego

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo

Consejeros editoriales: Raúl José Santos y Mónica Villa

www.ficticia.com

ficticia@ficticia.com

Edición: mayo de 2010

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
----------------------	----

INTRODUCCIÓN	21
---------------------------	----

CAPÍTULO I

DEL JUEGO DEL ÁRBITRO	31
------------------------------------	----

HISTORIA DEL DESORDEN	32
------------------------------------	----

HISTORIA DEL ORDEN	36
---------------------------------	----

LAS REGLAS DEL JUEGO	41
-----------------------------------	----

EL ESPÍRITU DE LAS REGLAS	46
--	----

EL ÁRBITRO	49
-------------------------	----

ATRIBUCIONES	51
---------------------------	----

EL NOMBRE	53
ORIGEN	55
LOS ABANDERADOS	58
EL DISFRAZ	60
LOS MOTIVOS	63
EL MIEDO	67
DIÁLOGO DE SORDOS	71
LA SOBERBIA	74
EL DERECHO A EQUIVOCARSE	76
DE AMATEURS A PROFESIONALES	79
EL AGUJERO NEGRO	81

CAPÍTULO II

EL DESQUICIAMIENTO	85
LAS REGLAS DEL FUTBOL	87

LA MALA CONDUCTA	90
LA MANO	92
FALTA	97
CONDUCTA ANTIDeportiva Y	
JUEGO LIMPIO	103
DEL TIEMPO AL TIEMPO PERDIDO	106
LA SOLEMNIDAD	113
LA MENTIRA Y EL ENGAÑO	117
LAS TARJETITAS	122
EL CULPABLE	125
FUERA DE LUGAR	130
LEY DE LA VENTAJA	133
REGLAS REGULATIVAS	136
LA QUEJA	141
PATEANDO VALORES	145

CAPÍTULO III

MATAR AL ÁRBITRO	149
DE UNO A MUCHOS	152
LA TRIBUNA.....	154
LA VIOLENCIA DE LA TRIBUNA.....	161
COSAS DE HOMBRES	165
HOOLIGANISMO	169
DE LA PORRA A LAS BARRAS BRAVAS	172
LOS MOTIVOS	179
LA IRA.....	183
INSULTOS.....	186
LA VIOLENCIA.....	196
AMENAZAS Y AGRESIONES	199
SANCIONES	206
LA TELEVISIÓN.....	211

LES LLUEVE SOBREMOJADO 216

LA VENGANZA DEL ÁRBITRO 219

EPÍLOGO

MATAR AL ÁRBITRO 225

PRÓLOGO

Hace algunos años, recuerdo haber detenido el automóvil ante un semáforo en rojo por los rumbos del oriente de la Ciudad de México. Era un domingo por la mañana alrededor de las diez, de manera que no había transeúntes ni otros vehículos. Adormecido, miraba al frente esperando la luz verde cuando un árbitro, a todo lo que daban sus piernas, cruzó la esquina con gesto aterrorizado. Tras de él volaba una nube de piedras y, tras las piedras, corría un equipo de futbolistas armados de palos y botellas. El semáforo me dio el siga pero no avancé. Me quedé allí, solitario, escuchando cómo se alejaban los insultos y las pisadas con zapatos de tacos haciendo eco en las bardas de tabicón. Se encendió la luz ámbar y de nuevo la roja; la verde, la ámbar, la roja... y de algún modo sigo allá detenido, tratando de descifrar la naturaleza de aquella escena de miedo y de odio.

La lectura de este libro me ha dado elementos para cortar las cavilaciones que empecé entonces, y seguir por fin mi camino de regreso a casa.

¿Qué puede haber causado la ira de aquellos jugadores a tal grado que persiguieran al árbitro más allá de los límites de la cancha con ganas de lincharlo?

Para responder preguntas similares, Gustavo Marcovich parece haber oscilado entre dos posiciones: la

del espectador instruido que mira sentado el fenómeno del fútbol como un asunto sociológico, y la del protagonista salvaje que desea, por encima de todo, poseer la pelota.

La mayoría de las personas que gustan del fútbol no se desdoblán adoptando estas dos perspectivas. La norma es que unos observen con ojos críticos a distancia, y otros se uniformen para patear el balón y a uno que otro adversario. Pero en el caso de este libro, el autor es un cáustico observador desde la línea de banda, desde la tribuna del estadio o desde su mesa en la cantina frente al televisor, al mismo tiempo que es un empedernido futbolista que quiere divertirse y si se puede, ganar.

La primera posición, la del observador educado, ubica la persecución del árbitro en un contexto amplio. Probablemente hay una dimensión psicológica que explorar para tener una respuesta y hay, también, una dimensión social.

¿Quién es el árbitro que huye? Mejor dicho: ¿quién es ese hombre vestido de árbitro que huye?, ¿quiénes son los hombres que lo persiguen?

Así planteada la pregunta, no es posible creer que un ser humano está en peligro porque se equivocó en un juego, en un simple pasatiempo dominguero. Debe haber algo mucho más profundo, mucho más trascendente que ayude a explicar el fenómeno.

El observador ensaya con una y otra hipótesis, analizando ahora a los once perseguidores pero, sobre todo,

EL ÁRBITRO

a los dos o tres primeros que van decididos a destrozarse el cráneo del juez si lo alcanzan.

El jugador que encabeza el grupo, aquel que lleva un tubo en la mano (las cosas que encuentra uno en la cancha cuando se trata de agarrarse a madrazos), quizá reacciona ante su condición de desempleado, o ante el hecho de que su infancia fue dura y breve. El fútbol está lleno de historias de marginación porque no hay muchas otras cosas que puedan hacer los marginados. Los primeros futbolistas de la historia fueron obreros que, al salir de la fábrica, se entregaban al placer de recrearse con este juego barato y simple.

El partido semanal es una válvula de escape. Allí se liberan tensiones corporales y emocionales. Aunque sea una sola vez a la semana, el juego cumple una función mucho más importante que la de ejercitar a dos equipos y entretener a un número, ya reducido, ya masivo, de espectadores. En palabras de Marcovich, el juego es la felicidad.

Pero la felicidad —siguiendo con la idea del autor— debe codificarse para que las sociedades no se disgreguen por causa de un montón de individuos que son felices a costa de otros, lo que arruina pronto la felicidad de todos. Para que la felicidad con pelota sea practicada, hace falta limitarla a un espacio rectangular, generalmente de pasto y tierra, y a un tiempo de noventa minutos. Aun así, dentro de esos límites espaciotemporales, la felicidad puede ser plena, pero por experiencia, los jugadores saben que alguien tiene que

sancionar las inevitables faltas antes de que el juego pase a estropearse, tomando una forma bélica.

Para ello llaman al pobre diablo que nadie quiere en su equipo, y lo invitan a la fiesta, aunque le esté vedado tocar el balón en juego y para que marque el inicio y el fin del partido, además de las faltas que se cometan que, por definición, perjudicarán a la mitad de los jugadores.

Desde el primer foul, el árbitro es repudiado por once.

¿Quién puede desear ese repudio para sí? ¿Quién tiene vocación de aguafiestas? ¿Qué redención pretende alcanzar un tipo cuya tarea recibe el desprecio general?

Para ser árbitro se necesita ser un poco estúpido, y al autor de este libro no le gustan los estúpidos. El autor no tiene piedad con el miserable del silbato y lanza una hipótesis políticamente incorrecta: todos quieren matar al árbitro, pero a nadie conviene que muera. El juego es una orgía de sudar y patear y gritar de júbilo, pero incluso en las mejores orgías hay reglas. La regla es no matarlo para que el juego pueda seguir. Esa es la causa ontológica del árbitro y, más aún, la de sus tristes abanderados.

La segunda posición para formular una hipótesis que explique qué hace esa turba de jugadores persiguiendo al árbitro, mira con los ojos del futbolista que quiere ganar a toda costa; es una posición mucho más espontánea y apela a los instintos más prístinos del ser humano. Las acciones se suceden con rapidez y excitación.

A media jugada, tu corazón late rápidamente. Tienes ese golpe en el costado. Sabes quién te pegó y tal vez te la debe. Además, los rivales son enemigos de antaño y

EL ÁRBITRO

la tensión por el momento del campeonato es enorme. Si tu equipo es como el de Marcovich, que cosecha pocos triunfos, aunque muy trabajados, sentirás entonces rabia cuando el partido ha sido cultivado con esmero y, de pronto, un abanderado se distrae y no marca un fuera de juego de cinco metros. El delantero contrario aprovecha y mete el gol que rompe con todo un esfuerzo colectivo. Es natural reclamar al árbitro asistente y luego al árbitro central, que valida la infamia. Es natural que el reclamo suba de tono cuando el silbante te mira con prepotencia sobrada. Parece inevitable dejarse abordar por la ira cuando sale la tarjeta amarilla por protestar. Tratas de contenerte. Te retiras para no estar allí, frente al de las tarjetas, pero tu cabeza hierve. Al alejarte, encuentras el balón que pateas con furia de desahogo y liberar algo de frustración. Entonces el árbitro te alcanza y te muestra ahora la roja.

Es una caída en espiral que no puede detenerse. Una cosa provoca la otra y la siguiente. Lo encaras para preguntarle furioso el porqué te echa del terreno de juego y no te contesta. En cambio, te mira burlón y con gesto retador como diciendo, nada puedes hacerme. Yo no sé lo que sigue, porque siempre he salido de esa situación como el señor árbitro ha querido, es decir, con los ojos inyectados y con espuma en la boca, frustrado y con el marcador en contra. Pero hay otros que sí lo saben.

Una búsqueda de noticias y, sobre todo, de videos sobre árbitros en Internet, revela algunos episodios violentos. Aunque hay pocos documentos que prueben

las agresiones, los hay en suficiencia para saber que algunos jugadores no aguantan su mirada, a la vez despota e idiota. Hay varios que responden impulsivamente a la expulsión con un puño¹, con un balonazo², con un abrazo que termina en conato de estrangulamiento³. El árbitro es intocable, pero cuando se ha rebasado la línea, ya nada puede componerse. El mundo feliz se derrumba. Todos saben que no habrá continuación, porque se ha roto la única norma que condiciona la existencia del juego. Por eso, lo único que puede hacer el agresor es pegar de nuevo, patear, tirar al suelo al árbitro y tratar de devorarlo allí mismo.

Termino con dos cosas que aún me inquietan: la primera tiene que ver con el ingrediente cultural que hace un tanto diferentes a los futbolistas (árbitros, espectadores) de un país y de otro. Me inquieta la manera en la que simples ciudadanos lidian con las reglas. Es sabido que en México, por ejemplo, el “chingón” es el que logra violar las leyes sin que lo descubran. Por eso los mexicanos no han inventado ninguna ley memorable; no está en su cultura. Pero, ¿son iguales, digamos, los ingleses, que han inventado muchas? Me parece que no. Creo que los ingleses y otros pueblos observan más las leyes por la manera en la que las inventaron.

1. <http://www.deportesadictos.com/videos/video-arbitro-de-futbol-golpeado-por-un-jugador-sin-control.html>

2. <http://www.youtube.com/watch?v=MJyMd-gGTdE&feature=related>
<http://www.youtube.com/watch?v=fAgX3SSF4IU&feature=related>

3. <http://www.youtube.com/watch?v=4rrHRcaJ9Ug&NR=1>

EL ÁRBITRO

El caso del reglamento del futbol analizado en este libro es ilustrativo: un grupo de iguales se reúne en una taberna para acordar una serie de reglas de juego y en honor a su palabra las respetan. En ello va su pertenencia a esa microsociedad. Así nace el futbol asociación. Tengo la impresión que los jugadores ingleses respetan más la figura del árbitro porque ellos mismos la crearon. En cambio, en América Latina, donde todo se nos ha sido impuesto, es poco el respeto que inspiran las instituciones y sus autoridades. Si obedecemos a la autoridad es porque tiene capacidad para reprimirnos con lujo de violencia. No la respetamos, sólo la obedecemos; más nos vale.

Pero el pobre árbitro no puede reprimirnos con violencia, sólo puede hacer uso de sus tarjetas. Si durante la semana aguantamos la autoridad del policía, del capataz, del gobernante, el fin de semana vamos a estar siempre a punto de no respetar la insignificante autoridad del árbitro. En nuestros países, el árbitro ni siquiera es como uno. Y aquí paso a mi segunda inquietud.

Me inquieta su condición humana. ¿Qué es el árbitro?, ¿una prepotencia moral al tiempo que el más jodido de los seres? Varias veces me he preguntado si no habrá también un factor de clase socioeconómica en nuestra relación de necesidad-desprecio con los árbitros. Al menos en el llano, el árbitro es el más desposeído de los participantes, el más malpagado, el que siempre llega en transporte colectivo y pita bajo un sol de plomo un partido tras otro hasta desahogar la jornada.

En su dinámica social dentro de la cancha, el árbitro reproduce el esquema clasista con el que se respeta a unos más que a otros, y se ensaña con quienes reconoce de su condición. Por otro lado, me parece que, tras de esos rostros nerviosamente burlones, también hay primates como nosotros, sobre todo cuando el halo de su autoridad ha sido roto con un manotazo. Allí se descubre que el árbitro es como cualquiera, es decir, que puede también responder a los golpes⁴, iniciar él mismo la riña⁵ e, incluso, buscar en su maletín una pistola y liquidar al entrenador de un equipo por cuestionar sus decisiones⁶.

Con esto quiero decir que, en el hecho de agraviar al árbitro, en el eventual empujón o en el golpe descarado, va su reivindicación: paradójicamente, el vapulearlo e insultarlo le devuelve su carácter humano, lo personifica, lo iguala y lo hace real. Hasta ese momento el árbitro era un aire que sopla, un ruido incómodo, un estorbo contra el que el balón rebota. Después del ataque, el árbitro deviene persona.

¿Será eso lo que buscan en la hostilidad de la cancha?

4. <http://www.youtube.com/watch?v=ecbMltkWUrY&NR=1> (ver también en) <http://www.youtube.com/user/Bastter>

5. http://www.youtube.com/watch?v=FQHMMK-LhZM&eurl=http%3A%2F%2Foglobo.globo.com%2Fblogs%2Fbolademeia%2F&feature=player_embedded (ver también en): <http://www.youtube.com/watch?v=B-HLIHbLxko&feature=related> (ver también en): tinyurl.com/refereepunch

6. Sucedió en Kenton-on-Sea, Sudáfrica, en noviembre de 2003.

EL ÁRBITRO

Del semáforo en alto al siga de nuevo. No sé si basta para seguir a casa. Sé que si se trata de pensar en unos seres humanos matando a otro, podré pasar muchos años más aquí sentado, discutiendo con el autor teorías sobre el comportamiento social sin arribar a una conclusión estable. Si se trata, en cambio, de sentir la rabia por el sólo placer de sentir la vida en otra de sus expresiones, entonces puedo avanzar, que allá en la esquina no ha pasado nada y el próximo fin de semana hay partido.

Repito que este libro tiene la virtud de balancear ambas miradas porque el autor ha observado, con crítica penetrante, el juego durante toda su vida, pero también ha perseguido en *shorts* al árbitro para matarlo. Una sabia manera de alcanzarlo ha sido escribir aquí sus reflexiones.

FEDERICO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

INTRODUCCIÓN

El árbitro de fútbol es el hombre más odiado del mundo. Ni los líderes políticos o religiosos logran concitar tanto odio. ¿Quién en su sano juicio no ha querido matar a un árbitro? Creo que todos. ¿Quién lo ha logrado? Pocos, muy pocos. Es el deseo más universal y el más insatisfecho. Para la cantidad de partidos que se juegan a lo largo de un año en todo el mundo, el número de hechos violentos, en especial, de violencia física contra los árbitros es tristemente escaso. En realidad, todo el odio que recae sobre ellos se limita a que sean los hombres más insultados del planeta.

Difícilmente antes de empezar un partido alguien llega con la idea de dañar al árbitro. Simplemente se le acepta como algo necesario porque tiene que mediar en un asunto entre animalitos que persiguen frenéticamente una pelotita.

Al iniciar el partido, el árbitro es presa de la incertidumbre. Lo único seguro que tiene es un conjunto de reglas que lo guía entre el bien y el mal, un silbato, un par de tarjetas para tratar de hacer cumplir el reglamento y un cronómetro que le indica cuando acaba su calvario. Todo lo demás no está en sus manos y él no sabe exactamente lo que va a pasar —¿quién lo sabe?

Los jugadores hacen lo que se les da la gana, se mueven libremente y, en cualquier momento, cometen una tontería. El árbitro sólo está a la espera de ese momento para poder ser. Esta incertidumbre lo mantiene dentro de una neblina de miedo. Miedo a equivocarse, miedo a que lo despidan, miedo a que lo lastimen o, incluso, a que lo maten. Y ese miedo lleva al árbitro a emprender acciones defensivas que lo hundan aún más en un torbellino de incoherencias.

Difícil tarea la del árbitro que no sólo tiene que ver todo lo que sucede dentro de la cancha, sino que debe interpretarlo. No sólo lo que alguien hace, sino el porqué, la intención. Así, se convierte en una especie de adivino, de ser supremo que puede juzgar las intenciones de los jugadores y de los que no están jugando.

La labor del árbitro es ferozmente analizada durante todo el partido. Todos sabemos más que él, y vemos y oímos mejor que él. Mientras no se cometa ni se solape ninguna injusticia en la cancha, el partido se llevará en paz y su trabajo no tendrá mayores sobresaltos. Así que, por lo único que debe preocuparse, es por impartir justicia, que no es otra cosa que venganza ejecutada por un tercero, en este caso él mismo. De no ser así, aparece la venganza personal, llevada a cabo por la presunta “víctima”, contra otro jugador o contra el árbitro.

Al finalizar el encuentro, un poco más tranquilos, surgen muchas preguntas. ¿Por qué reglamentar el juego? ¿Es más divertido con o sin reglas? ¿O son dife-

EL ÁRBITRO

rentes diversiones? El juego del futbol, ¿se define por unos muchachos pateando una pelota con intención de hacerla pasar entre unas marcas preestablecidas o por las increíbles *Leyes de Juego* que signaron hace más de un siglo los ingleses? ¿Es imprescindible el árbitro y sus compinches? ¿Por qué hemos matado a tan pocos árbitros? ¿Será reconfortante matar uno?

A Mariana, mi árbitro de cabecera

*A mi padre,
con quien viví los mejores partidos en el Estadio Cuauhtémoc*

A aquel árbitro que me dio el pésame cuando murió mi padre

*Al Conche porque, en palabras de Alberto Szpunberg:
te has muerto de un trago y chau
te has muerto aunque sabías muy bien que morir se no es chiste
te has muerto aunque sabías que morir se es algo así como
[empatar sobre la hora*

La razón, como la pelota, se la tiene o no se la tiene. Pero hay que seguir jugando.

CAPÍTULO



DEL JUEGO DEL ÁRBITRO

El destino no se explica por la naturaleza peculiar de los golpes que da, sino por la incapacidad humana para predecirlos.

Zygmunt Bauman

El fútbol es desorden y orden. Un desorden ordenado, algunas veces, y otras, un orden desordenado. Por lo general, es un desorden que algunos tratan de ordenar.

Este juego tiene sus orígenes en las instintivas ganas de patear algo para donde sea y de que nadie más que uno pueda patearlo. Pero hacerlo solo no es tan divertido. Es más chistoso si hay alguien que quiere arrebatarnos el objeto de nuestro jolgorio y, más aún, si alguien está dispuesto a ayudarnos a que la otra persona no nos lo quite. Así se van juntando dos grupos: uno que quiere conservar el juguetito y otro que quiere quitárselo.

La esencia del fútbol es mantener el orden en el equipo propio y generar el desorden en el contrario, porque un pequeño desorden generado en el rival nos permite anotarle un gol. Para lograr ese desorden, la herramienta principal es el engaño: engaño en el drible y en el pase, engaño en el tiro a gol, engaño en el chanfle y engaño al árbitro. Es el desorden lo que ha cautivado a los que lo practican y a los espectadores.

HISTORIA DEL DESORDEN

Nació la pelota con una piedra o con la vejiga
[hinchada de
una presa abatida
no la inventó un anciano, ni una mujer, ni un niño;
la inventó la tribu en la celebración, en el descanso, en el
claro del bosque.

Antonio Deltoro, *Futbol*

Todas las naciones cuentan historias de futbol primitivo⁷, pero las raíces del futbol moderno se encuentran en violentos rituales ingleses medievales.

Desde sus inicios, en Inglaterra en el siglo XIII, el futbol ha sido asociado con el desorden y la violencia.⁸ La forma original del juego consistía en peloterías ligeramente estructuradas, entre cientos de jóvenes de aldeas y pueblos vecinos que trataban de trasladar una vejiga de cerdo, recubierta de cuero, hasta una plaza defendida por sus oponentes.⁹ Los jugadores podían esparcirse a

7. Una lista bastante completa de estos juegos y su descripción se pueden encontrar en: David Montiel, Historia del Futbol (www.escoladefutbol.com/beto/docs/hist_fut/hist_fut.htm).

8. Football Violence in Europe, <http://www.sirc.org/publik/fvhist.html>

9. Todavía en 1850 los equipos de futbol eran de doce a quince jugadores y fue hasta 1939 que el número fijo de los jugadores titulares y suplentes

EL ÁRBITRO

través de las calles, dentro de las viviendas, a través de los ríos y lagunas, hasta que se cansaban o se lograba un gol.

La presencia de una pelota generalmente era incidental en esta oportunidad cuasilegal para resolver viejas enemistades.¹⁰ Estos rituales calendarizados, por lo normal acompañados por generosas juergas, producían a menudo lesiones e inclusive la muerte de los participantes. Tal juego violento y sangriento era aceptado socialmente por los antiguos ingleses.

Sin embargo, esta tolerancia sanguínea del futbol no fue total. Los alcaldes, los ancianos y los clérigos expresaban gran consternación con tal cantidad de violencia y lesiones que resultaban de tal juego, y los daños a los espectadores, a la paz y a la propiedad.

A partir del siglo XIV se hicieron enérgicos, pero infructuosos llamados para controlar el juego. Esta arremetida no fue tanto por la inquietud moral relativa a las consecuencias violentas del futbol, sino por el hecho de que alejaba a los ciudadanos de los mercados los días de partido, lo cual era malo para el negocio.¹¹

A lo largo del siglo XVII, todavía se reportan cientos de casos de futbolistas provocando pánico a su paso por los pueblos ingleses. De nueva cuenta, los inten-

tes que hoy conocemos pasó a ser *obligatorio*.

10. En 1851 apareció el primer balón redondo, inflado con aire, y en 1870 el primer balón de goma.

11. En 1314, el alcalde de Londres hizo una proclamación que prohibía jugar futbol dentro de la ciudad pero, aunque hubo muchos arrestos, se siguió jugando (*Football Violence in Europe, op. cit.*).